

pitales necesarios para sus empresas; termináronse rápidamente las grandes vías-férreas, apenas trazadas bajo Luis Felipe, y se empezaron otras muchas; establecieronse en el Havre, en San Nazario y en Bordeus servicios regulares de correos trasatlánticos, y merced á estas nuevas facilidades de comunicación, la circulación comercial se aceleró y ramificó por todas partes, y las industrias de hierro, de hulla, de gas para el alumbrado tomaron extraordinario incremento. Bajo la dictadura administrativa del prefecto Hausmann, París se embelleció, se saneó, se adaptó por sus vías y sus nuevas construcciones á las necesidades de la vida moderna: ejemplo que no tardaron en seguir las otras grandes ciudades. Por último, la Exposición universal de mil ochocientos cincuenta y cinco puso de manifiesto, á los ojos de todo el mundo, los notables progresos efectuados en pocos años por el trabajo nacional. Pero esta medalla tiene su reverso. El ejemplo de la corte y la formación ó rápido aumento de ciertas fortunas despertaron en la burguesía, y poco después en las clases populares, desmedida afición al lujo y sed insaciable de placer. Las grandes operaciones de Bolsa, á que daban margen los empréstitos del Estado y las emisiones de valores industriales, avivaron en los particulares el deseo de rápidas ganancias. El agiotaje se trocó en necesidad; la moralidad pública desapareció. La afluencia y rápida circulación de capitales, así como el embellecimiento de las ciudades, produjeron en poco tiempo el encarecimiento de todos los artículos, que afligió especialmente á la clase obrera, á los renteros y funcionarios, y todavía, á agravar esta crisis económica, vinieron las calamidades del hambre y el cólera, que desolaron á Francia de mil ochocientos cincuenta y tres á mil ochocientos cincuenta y cinco, y las inundaciones, que la devastaron á continuación. Junto al optimismo y la satisfacción, el malestar y el descontento.

De este disgusto se aprovechaban los partidos políticos para combatir al Imperio. El menos temible de ellos era el legitimista, minoría imperceptible é impopular, á la que el gobierno hacía sin embargo mucho caso, por su alianza con el clero, con quien aquél quería congraciarse. Por esto, algunos legitimistas se pasaron al Imperio; otros aguzaban epigramas para molestar á Napoleón, y no faltaban quienes organizaran una *Liga federal*, que nunca existió más que en el papel. Los eximios del partido iban de vez en cuando á Frohsdorf, residencia del conde de Chambord, que, por su actitud meramente negativa y espectante, parecía haberse empeñado en desalentar á sus amigos. Bastante más cuidado inspiraba á Napoleón el orleanismo, en cuyas listas figuraban buenos estadistas, generales, administradores y escritores notables. Su órgano era el prudente *Diario de los Debates*. Mas este partido no podía llegar á ser un peligro para el Imperio, mientras la política de fusión no lograra reconciliar á las dos ramas de la dinastía Borbónica, y esta política tropezaba con dos inconvenientes insuperables: la resistencia del conde de Chambord, que exigía de sus primos el reconocimiento de su derecho divino, y la invencible repugnancia de algunos orleanistas, como Thiers, Remusat, Duvergier y otros, que por nada del mundo sa-

crificarían á la bandera blanca los principios de mil setecientos ochenta y nueve. En vano el duque de Nemours fué á saludar en Frohsdorf, á fines de mil ochocientos cincuenta y tres, al jefe de la casa de Francia; en vano devolvió éste la visita á la reina María Amelia en mil ochocientos cincuenta y cuatro: el manifiesto de Chambord, de mil ochocientos cincuenta y siete, cerró para siempre la puerta á toda esperanza de reconciliación. Mientras esta esperanza duró, orleanistas y legitimistas formaron una especie de coalición, llamada *liberal*, para reivindicar las franquicias parlamentarias abolidas por el régimen de mil ochocientos cincuenta y dos. Aunque todos eran personas de talento y de prestigio, hallábanse condenados á la impotencia, por mantenerse alejados del pueblo. Era su órgano principal la *Correspondencia*, leída no más que en los salones, y su cuartel general, la Academia Francesa, donde los Guizot, los Thiers, los Cousin, los Montalembert dictaron la ley de mil ochocientos cincuenta y cuatro á mil ochocientos cincuenta y siete, llamando á ella uno tras otro á Dupanloup, Berrier, Silvestre de Sacy, el duque de Broglie y el conde de Falloux. Cada una de estas elecciones era para la camarilla una gran victoria, y cada recepción motivo de discursos esmeradamente limados, con alusiones picantes, aunque vanas, al Imperio y á sus defensores, que llenaban de gusto y placer al aristocrático auditorio.

Por más numeroso y resuelto, el partido que más temía y más de cerca vigilaba Napoleón III era el republicano; y eso que la mayor parte de sus jefes gemían en la deportación ó el destierro, y los pocos que seguían en Francia veíanse obligados á callarse, ó á no servir su causa sino con suma prudencia. Sus periódicos, *El Siglo*, *El Charivari*, *La Prensa*, simulaban humildad y respeto extraordinarios, para escapar á los rayos administrativos. Cuando moría algún representante ilustre de la idea republicana, como Marrast, Arago, en mil ochocientos cincuenta y tres, ó Lamennais, en mil ochocientos cincuenta y cuatro, el pueblo era arrojado de los funerales á culatazos. Verdad es que, allá en la sombra, los emisarios ó corresponsales de los refugiados en Londres ó en Bruselas maquinaban conjuras, ya para prender al Emperador, ya para matarle, y los procesos que de aquí resultaban, como los del Hipódromo y de la Opera cómica, de la *Común revolucionaria* y otros, daban por resultado nuevas deportaciones. Ocurrían también, de vez en cuando, atentados aislados á la vida del soberano, como los de Pianori y de Bellemare, en Abril y Septiembre respectivamente de mil ochocientos cincuenta y cinco. No se alteraba por esto el público sosiego, ni la muchedumbre se indignaba de que, con este pretexto, el gobierno encarcelase á nuevos sospechosos y los deportase sin juzgarlos, como deportó á Arturo Rang, en mil ochocientos cincuenta y cinco. Excepto el insignificante alboroto de *la Marianne*, en Angers, no hubo durante los primeros años del segundo imperio, ninguna tentativa de insurrección.

Las repetidas protestas de Napoleón á favor de la paz eran, sin embargo, mera su-

perchería, y no habían de tardar en salir de su ilusión las clases laboriosas de Francia y de Europa, que tomaran por lo serio sus declaraciones. Con ser tan diferente en todo de su tío, se le parecía en un rasgo poco honroso: en mirar con soberano desdén la palabra empeñada y el compromiso contraído. Hablaba de la paz y estaba pensando en admirar al mundo de otro modo que abriendo bulevares en París, convencido de que Francia, si no se daba á su imaginación otro alimento que la industria, las construcciones y las fiestas, no tardaría en volver á pedir la libertad. A los espectáculos de dentro era necesario que acompañasen los de fuera, las glorias militares, sin las que no se lograría que el pueblo soportase con resignación su tiranía. La primera ocasión que se le presentó de alcanzarlas fué la guerra de Crimea.



CAPÍTULO SEXTO

La cuestión de Oriente: Guerra de Crimea



SIEMPRE planteada y nunca resuelta, la cuestión de Oriente fué de nuevo puesta sobre el tapete por el emperador de las Rusias, Nicolás, el *Czar de hierro*, el cual, después de haber extendido considerablemente su influencia en Asia, se decidió á realizar el proyecto de la gran Catalina, lanzando á los turcos de Constantinopla. Hermoso pensamiento, á cuya realización debieron haber contribuído todas las naciones europeas. Pero el egoísmo y la envidia, siempre malos consejeros, se pusieron de por medio, y en vez de concertarse todas para una acción común, se hostilizaron las unas á las otras, erigiéndose cada una en defensora de la integridad del imperio turco cuando temía no sacar del reparto todo el beneficio codiciado. Los intereses generales de Europa, las superiores de la humanidad jamás entraron en juego. Monopolizar el protectorado de la Puerta para explotarlo en su exclusivo provecho, fué el único fin perseguido por las tres naciones que principalmente concurren á este campo de batalla, Rusia, Inglaterra y Francia.

Desde mil ochocientos cuarenta y uno, en que el czar Nicolás hubo de renunciar al protectorado que le aseguraban los tratados de Andrinópolis y de Unkiar-Skelessi, su influencia en Turquía fué disminuyendo y aumentando la de Inglaterra, defensora del sultán contra Francia y el pachá de Egipto. Cuando dominada la insurrección de Hungría, Rusia y Austria pidieron á la Puerta la extradición de los húngaros y polacos, la Puerta se resistió y se salió con la suya, merced al apoyo de Francia é Inglaterra. Al